

# En nombre de la esperanza

Fernando Castillo Velasco\*

*Somos parte de una ceremonia en la que nuestra comunidad universitaria pareciera querer dar testimonio de que hace suya toda su historia, sin dejar vacíos en la memoria del tiempo transcurrido que pudieran hacerla trunca o, tal vez, incomprendida.*

*La Universidad Católica de hoy no es la misma que hace 20 años ni es la de hace cien, puesto que sus hombres y sus estructuras han cambiado en este tiempo tantas veces. En su camino hay poderosas creaciones que la han ennoblecido pero hay también heridas y hay aquí ausentes que nos duelen en su ausencia. Su ser, en cambio, no ha sido alterado: aquí está, igual que hace un siglo, llamada a servir a la Patria. En un gesto de sensibilidad que trasciende las dimensiones de este acto, la Universidad anhela reconocerse a sí misma en todo lo que ha sido y hecho; justamente cuando a las puertas de ella permanecen la división y el antagonismo que separa nuestra historia y nos separa a los chilenos.*

Asistimos a un acto en el cual mi Universidad, aquella que puso en mi vida un sello de pasión para vivirla como una vocación y un oficio, me colma ahora de honores reconociendo que, tal vez, cumplí con honestidad y eficiencia el mandato que había puesto en mis manos.

Recibo hoy el grado que la Universidad Católica de Chile me confiere como un nuevo mandato, aquel que cabe al hombre de experiencia que está llamado a comprender, compartir y velar; a servir con su obra —incluso con sus errores— y a mantener en alto las esperanzas que han sido el motivo de su existencia.

Vengo aquí, con modestia y gratitud, porque el alto honor que la Universidad me confiere es el más exigente; supone el reconocimiento a una vida que he hecho en medio de muchos, con la ayuda de tantos, movido por ideales compartidos. Que este reconocimiento provenga de la Universidad donde me formé a lo largo de casi toda mi existencia me im-

pone pensar en los sueños que he soñado y medirlos con la exigente medida de las esperanzas que retengo.

Recibir este honor, además, el año en que se cumple el primer centenario de la fundación de nuestra Universidad, en un tiempo presente —tiempo de la Patria conmovida— me hace pensar en mi propia trayectoria y en mis sueños y esperanzas con un sentido necesario de la historia.

Permítanme que en un aparte muy personal quiera decir que hoy no podría estar aquí, entre ustedes, si no hubiese sido porque, hace algunos años, el vasto equipo médico de nuestra Universidad supo operar mi corazón enfermo, restituyéndolo al trabajo duro y continuado de sus suaves, rítmicos y vitales latidos. Esa actitud humana y solidaria, tanto como su capacidad profesional, y la preocupación de toda la Universidad durante esos días, fueron para mí el gesto y el acto que me devolvieron la vida.

He imaginado siempre la Universidad, y hoy confirmo esta imagen esperanzada, como el lugar muy especial en que la sociedad produce el encuentro entre las generaciones en torno al conocimiento y a las técnicas, a los saberes y las artes, a las preguntas centrales sobre el mundo y los hombres, a la búsqueda de las soluciones para superar los problemas

---

\* Arquitecto, profesor y rector de la Universidad Católica entre 1967 y 1973. Este texto corresponde a la intervención del profesor Fernando Castillo Velasco al recibir el grado de Doctor Honoris Causa conferido por la Pontificia Universidad Católica de Chile.



que convocan al país y son el desafío que contiene, como posibilidad, su futuro.

La institución universitaria posee, por lo mismo, tantas y tan peculiares características. Reúne a hombres de saber maduro, que no han renunciado a pensar su propio saber como una frontera abierta, con jóvenes que desean adquirir el saber y, sobre todo, la capacidad de pensar y actuar por sí mismos. Reúne a los más variados especialistas, en el mayor número de disciplinas posibles, y procura crear condiciones para que ellos puedan comunicarse entre sí y también con el país y el mundo. Aspira a formar a los profesionales y técnicos que por su esfuerzo compartido y su creciente número van transformándonos cada vez más en una sociedad mejor capacitada para abordar sus problemas.

Al mismo tiempo que educa, la Universidad canaliza en Chile gran parte del esfuerzo que el país reclama para indagar en el campo de las ciencias y las artes y esto mismo la hace más reflexiva y exigente consigo misma.

Por cien años, la Universidad Católica de Chile ha perseguido —de mil maneras distintas— el camino que pudiera acercarla a su propia vocación; aquella que están dispuestos a imprimirle los que en ella trabajan y estudian, dentro de las condiciones que el país le proporciona.

En esta ya larga y rica historia, el período en que tuve la

oportunidad —el privilegio en verdad— de dirigir la Universidad aparece ahora, con la sabiduría que sólo proporciona el tiempo, como un esfuerzo por materializar en parte siquiera ese sueño de una institución que fuera fiel a sus exigencias más profundas.

Que, por tanto, diera a cada participante de la comunidad universitaria —a cada uno en su lugar y según su propia vocación— un espacio de posibilidades para realizar una experiencia valiosa. La experiencia del saber vivida con pasión junto a otros igualmente apasionados, en el caso del investigador; la experiencia de enseñar con rigor y libertad, en el caso del profesor; la experiencia de aprender y participar en un auténtico proceso de cultura en el caso de los jóvenes; la experiencia de un trabajo hecho con sentido de misión colectiva en el caso de los funcionarios y trabajadores, pues la Universidad es de todos los que laboran y se hacen parte de ella. No sólo sus edificios y laboratorios, sus campus y sus instalaciones de cualquier tipo, sino su tarea intelectual en medio de la sociedad.

Efectivamente, mirada en perspectiva, la Universidad depende estrecha y vitalmente de los climas que ella es capaz de generar y soportar; de la intensidad de las comunicaciones que hace posible; del grado de adhesión que despierta en sus miembros; de la libertad que es capaz de conjugar con las responsabilidades que se le imponen o reclaman; en fin, de su propio sentido como institución que se hace parte de la sociedad y que lo es, justamente, en la medida que es capaz de preservar su propia vocación sin enajenarla jamás en beneficio del aplauso, de la comodidad o de una utilidad cualquiera.

Soñé y sueño con esa Universidad que está dispuesta, a partir de lo propio —de su propia dignidad y trabajo— a entrar en contacto con todo el mundo, con todos los pensamientos, con todas las actividades y realidades, con todos los esfuerzos de la aventura humana. Es la vida en efecto, lo que la Universidad necesita para pensar y enseñar, y la vida no está solamente en sus claustros, en las tradiciones del saber, en las comunicaciones eruditas, en los textos. Está ahí también, ¡qué duda cabe!, pero está asimismo en la ciudad, en la industria, en los poblados rurales, en nuestra pobreza y nuestros atrasos, por cierto en la política, en los hombres de acción, en los jóvenes frustrados en sus expectativas que no llegan a la Universidad.

Está ahí, en todas partes, no para que la Universidad se haga cargo de la vida bajo cualquiera forma —pues no podría hacerlo sin perder su sentido propio— sino para atenderla, para incorporarla con sus medios, para hacerla parte de sus tareas y así hacerse ella parte de su tiempo y su pueblo.

Lo específico de la Universidad no consiste pues en ubi-



carse fuera de su lugar, ajena al tiempo que la atraviesa y a los problemas que agitan a la sociedad. Consiste, por el contrario, en movilizar la inteligencia contenida en ella para ponerla al servicio de su tiempo y de los problemas en la construcción del futuro. En esa empresa —que es la empresa de la historia asumida como construcción— es posible, casi inevitable, pienso yo, que las instituciones se vean envueltas en polémicas, querellas, conflictos, asperezas. La Universidad no puede escapar a esta dimensión de su historia. Puede, solamente, hacerse cargo de ella con más o menos conciencia, con más o menos lucidez, con más o menos competencia, con más o menos suerte. Cuando intenta huir del mundo que la rodea no hace más que huir de sí misma, de los desafíos que entonces ya no es capaz de enfrentar con dignidad y entereza. Cuando, en el otro extremo, ella se deja llevar toda entera por esas contingencias, entonces se abandona y pierde la propiedad de su vocación. En uno y otro caso, la universidad renuncia a cumplir su misión y a mantener su posición aun con las tensiones inherentes de ella. Intenta facilitarse el paso suprimiendo el camino.

En realidad, no conozco condiciones en que la Universidad no pudiera vivir y mantener, aún contra toda esperanza, su propia vocación de pensamiento, de libertad interior, de servicio, de compromiso con la cultura de su lugar y de su tiempo. Bajo ningún régimen político, ni en medio de una guerra, ni en las más precarias condiciones económicas, ni siquiera en presencia de toda la fuerza que quisiera descargar sobre la inteligencia, la Universidad puede renunciar a la capacidad de sus talentos o esconderlos en la penumbra. Hay tantos ejemplos en el mundo que nos enseñan esta lec-

ción que sería vano repetirlos aquí entre ustedes que son la Universidad; la Universidad de este tiempo y de este lugar.

Pues, sin siquiera apelar a las virtudes humanas más altas, la Universidad debe siempre apelar a las suyas propias: a la pasión de pensar, hacer construir, hablar y escribir de sus más auténticos académicos; a la voluntad de enseñar de sus docentes; a la vitalidad y responsabilidad de sus alumnos que, casi siempre, tienen el sentido de lo que viene y están en condiciones de apurarlo con su fogosa y vital generosidad.

Nunca, es cierto, será mejor para la Universidad vivir en medio de restricciones de cualquier tipo; o creer, sus miembros, que podría convenirles una situación donde ellos fueran librados de la responsabilidad de tomar las decisiones en el gobierno institucional y de asumir el peso de sus convicciones y la autonomía profesional de su trabajo. La Universidad respira ella misma con la atmósfera de libertad de su propia sociedad y cultiva mejor su saber y su servicio en una situación donde sus valores son reconocidos y su tarea es respetada y valorada.

En realidad, todo esto podría decirse igual con otras palabras. Decir así que a la Universidad hay un solo tipo de autoridad que le conviene, por igual dentro de los claustros y fuera de ellos en su entorno social. Esto es, la autoridad nacida del debate que permite a todos expresarse para así establecer acuerdos razonables, responsables y legítimos que por un instante, o largamente, permiten a la comunidad vivir en paz, gobernarse y producir. En la Universidad, este tipo de autoridad busca hacerse presente en la enseñanza, en la discusión dentro de las comunidades científicas y en la decisión de los asuntos colectivos que interesan a la institución.

Es la forma de autoridad que tiene su base en la comunidad humana y que se expresa ordenadamente en la argumentación y en los procedimientos que regulan las decisiones colectivas. No puede confundirse con el tumulto y el ruido ensordecedor que se produce allí donde nadie escucha al otro, ni consiste en entregar a uno o unos pocos la palabra y la decisión en virtud de cualquier mérito, por ilustre, reconocido o valioso que éste sea.

Así, la autoridad del saber no es nunca aquella del que cree tener la última palabra o estar en posesión de la definitiva verdad sino, precisamente, aquella que posee quien está abierto a las palabras pensadas por otros, a las que reconoce la capacidad de interrogarnos y de mover con ello nuestro propio pensamiento de un lugar que parecía ya establecido.

Asimismo, la autoridad institucional no reside en la capacidad de hacer uno mismo todas las decisiones posibles en condiciones de mínima participación de los demás, sino precisamente en lo contrario. En hacerse parte de una comunidad organizada para desde allí —en cualquiera posición que uno se encuentre— inspirar y estimular, escuchar y atender, y así gradualmente dar lugar a acuerdos, procedimientos, tradiciones que van aumentando la participación y extendiendo las formas de responsabilidad.

Amigos:

Les hablé al comienzo de mis sueños y mis esperanzas, de las que quedan o se han desvanecido una vez que los sueños han debido someterse a la realidad. Ahora, tras lo dicho, puedo concluir que recibo este honor conferido por la Universidad Católica de Chile más en nombre de las esperanzas que han resistido y me acompañan que de los sueños materializados.

Y estoy conforme con ello; no me imagino incluso que hubiese podido ser de otra manera. En esta casa, ahora centenaria, veo reflejados parte de mis sueños y mantengo incólumes mis esperanzas. Me siento parte de una historia universitaria, que es también parte de la historia de nuestro país, y conservo —contra todas las limitaciones que la historia nos impone— la esperanza que me permite pensar el futuro y dirigirme a él con la misma curiosidad y pasión con que por primera vez penetré las puertas de la Universidad.

Mi voz ha desfallecido; no mi voluntad. Por eso, con la sola delgada claridad de estas palabras, apenas susurradas, deseo manifestar ante ustedes que soy parte de la Universidad Católica de Chile —igual que ayer como alumno, como profesor después y más tarde como su rector—; ahora en la condición de un miembro honorario que asume ese honor con la íntegra voluntad de sus esperanzas.

Que este gesto de la Universidad Católica de Chile, de su comunidad, de su Consejo Superior y muy especialmente de

su rector, hablen por sí solos como un germen del tiempo por venir, mientras yo, desde mi emocionado reconocimiento y gratitud, pongo en Dios mi esperanza de un pronto reencuentro de todo aquello que en Chile está separado, aislado, distante, ensombrecido y necesita reparación. Quiero ver a la Universidad Católica de Chile como un testimonio vivo de esa posibilidad; como un símbolo anticipado —incluso por ser ella parte de nuestra Iglesia Católica— de la reconciliación que Chile espera y que esperamos todos los chilenos de buena voluntad. En este tiempo debemos ser sensibles para reparar injusticias y vejaciones, concitar voluntades y respetarnos mutuamente en lo que pensamos, por contradictorio que resulte o nos pueda parecer.

Aquí está Juan de Dios Vial Correa y, en espíritu, el Cardenal Silva Henríquez y Miguel Angel Solar. A ellos quiero dirigir mis palabras finales. El profesor Vial, el rector de hoy, fue, durante los años de la reforma de la Universidad, el leal exponente de sus ideas e ideales, y se hizo parte del proceso que vivía la comunidad y la alentó a superarse y permanecer abierta a todas las opciones. Su Eminencia abrió las puertas a la participación estudiantil y asumiendo los acuerdos de Buga nos dijo que la fe, la esperanza y la caridad de Jesucristo —Don de Dios para la iluminación y animación del mundo— pueden ser también la luz y alma de una Universidad que respetando la naturaleza de su misión específica es también fuerza orientadora y estimulante para el pensamiento que investiga y conciencia crítica del proceso histórico que vive el pueblo. Miguel Angel fue la expresión más elevada de esa juventud chilena que posee la visión del futuro junto con la energía y la pasión para acercarla a la realidad. Su hermosa e incondicional generosidad lo movió a poner el destino de la Universidad en las manos de todos sus miembros integrándose él, como uno más de ellos, a las alegrías y los dolores del cambio. Ellos y yo, como tantos y tantos otros, creímos entonces continuar la historia de la Universidad Católica de Chile ligándola a los tiempos y proyectándola hacia su propio futuro. Este acto de hoy, que yo les agradezco con emoción, es el símbolo mejor de que todo aquello que sembramos no será desperdiciado y nacerá otra vez y otra en cada ocasión que los hombres de buena voluntad se reúnan para cultivar la dignidad y la vida.

Muchas gracias a todos: por este honor inmerecido; por acompañarme en esta ocasión; por la esperanza que reunidos en una historia común podamos proyectarla al servicio de la Patria y lo mejor de ella, a nuestros hijos y los hombres y mujeres que nos han de suceder y a quienes les debemos un Chile mejor.

*Santiago de Chile, 4 de enero 1988.*